

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 750 PESETAS trimestres.
Comunicados a precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

VIERNES 22 DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana... 00'50 pesetas línea
En tercera... 00'10 id id.
En cuarta... 00'05 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

¡LACAYOS!

Un suceso por demás doloroso, acaecido en Madrid, ha puesto de relieve el proceder de ciertos caballeros, esforzados valientes con el vilipendio y la calumnia, menguados hombres con la razón por norma y con la urbanidad como fuerza indispensable para alternar y relacionarse con el mundo.

El hecho en sí es inaudito; incomprendible para personas que aguzando sus fuerzas, sin menoscabo de honor alguno, dilucidan sus divergencias y polémicas, con poderosos sostenes de templanza y sosiego; corriente, usual, para la privilegiada casta de individuos que cometen horribles acciones y no asoman a los ojos del pueblo, temerosos con razón de que este salde por fin cuentas sangrientas; delitos llenos de estupor, de ignominia prehicieron un día dudar a Europa, si el tribunal de la Inquisición había revivido y sentado su omnimodo poder, en las lóbregas cavernas del castillo de Montjuich... La víctima del atentado un diputado republicano español, periodista brillante, orador de palabra tan galana como enérgico; el mártir ha sido quien dijo «¡Habeis cometido una gran infamia en Montjuich!» a los hombres de la Restauración, el campeón del republicanismo español, D. Alejandro Lerroux. Una antigua campaña, un reverbero de acontecimientos calificados acertadamente por el elocuente republicano, han motivado una agresión, que no debemos calificar con este nombre por las circunstancias en que se cometió aquella. En cuanto al autor de la acometida, su nombre ya es triste en los anales de venganzas y atrocidades en nuestra seguida historia del tormento y del azote; ese personaje, se llama Portas, teniente del benemérito cuerpo de la Guardia Civil.

Y la ocasión es propicia para consignar una protesta que no queremos dejar escapar a nuestro pensamiento ni menos a nuestra pluma. Sólo alabanzas y parabienes nos merece a nosotros el instituto armado de la Guardia civil; no se nos escapa la labor meritoria que a diario practica; no desconocemos lo integérrimo del carácter de sus oficiales y subordinados, y porque así reflexionamos, porque así discurremos, no podemos ni imaginar que fuesen honrados individuos de la Guardia civil, los que junt con el célebre teniente Portas, agradiesen al Sr. Lerroux. Desechamos con convicción esa afirmación o creencia; más bien pensamos, que algunos mercaderes, muy bajos de instintos, muy raquíticos de honor sujetaron al Sr. Lerroux, para que el bastón que debió emplear el Sr. Portas, como símbolo que le guiase en sus descubrimientos como encargado del triste y llorado martirio de Montjuich, lo partiese apaleando despiadadamente a quien le apellidó cruel e inhumano. El honroso y distinguido cuerpo de la Guardia civil, debe abrir los ojos y alcanzar la certeza de lo ocurrido; es cuestión de honor, es realidad perentoria de delicadeza y honradez.

Mas arriba señalamos que el suceso ha sido incomprensible por lo anormal y atrevido: el teniente Portas y algunos individuos más vestidos de paisanos (licen los telegramas ser estos últimos oficiales de la Guardia civil), por detrás, por la espalda, a usanza de... acometieron con saña al Sr. Lerroux; éste contuvo la agresión; las personas que transitaban por la calle de Alcalá, en Madrid, donde el hecho ha tenido lugar, separaron a los apaleadores y al señor Lerroux que también se defendió; el espectáculo fué soberbio.

¡Qué reflexiones se desprenden al comentar este atentado! No puede estimarse en nada la verdad dicha por un hombre; no puede un probo ciudadano decir al pueblo quiénes le martirizan y aprisionan; el poder brutal, el ímpetu de la acometida quieren privar de que la verdad brille, de que las víctimas de Montjuich tengan recuerdos en los corazones, flores en las tumbas.

Así seguiremos firmes en lo nuestro: levantando siempre nuestras voces para reclamar justicia; protestando de encumbrados desahogados y de sucesos como el relatado. A nuestras exclamaciones se unen las de muchos seres que perdieron los idolatrados de su cuerpo y sus pensamientos; hay muchas madres que recuerdan con llanto en su alma y con pena acerbísima en su quebranto la fortaleza de Montjuich: aquellas no podrán jamás desprender de su memoria el sepulcro abierto en su vida; nosotros también lo llevaremos grabado en nuestro proceder y mencionaremos siempre a ciertos individuos con miedo, por sus desmanes, con temor por sus torturas...

INFORMES EQUIVOCADOS

El redactor que ha enviado a Murcia «El Imparcial» para hacer la campaña contra la mezcla de aceite al pimiento, no cesa de telegrafiar infundios.

Creíamos que con los gazapos que aquí se le cazaron, esearmentaría, pero no es así, y continúa en su poco agradable tarea de sacar las cosas de quicio. Siga por ahí ese corresponsal, que la administración de su periódico pagará las consecuencias.

Véase el siguiente telegrama que hoy publica el rotativo madrileño, portaestandarte de los salvadores de nuestra Huerta: «En el mercado de Santo Domingo, destinado a la contratación del pimiento...»

Primer tropiezo. El mercado de Santo Domingo, no está destinado a la contratación del pimiento, que se contrata frente al teatro de Rómulo, y es de extrañar que el Sr. Leyva que vió a García Alix presidiendo la sesión del Ayuntamiento, hable ahora de un mercado que no está donde él dice, con lo cual evidencia que ni aun lo ha visto.

Conste, pues, que el mercado de Santo Domingo está destinado a la contratación de frutas y de cacharros. Visítelo el Sr. Leyva y se convencerá de lo que decimos.

Sigamos: «En el mercado de Santo Domingo, destinado a la contratación del pimiento (¡¡¡!!!) ha presentado hoy un cultivador de la Rivera de Molina, la primera muestra de pimiento de la cosecha actual.»

Segundo tropiezo. Esa partida de pimiento, aunque le pese al imparcial Sr. Leyva, no es la primera presentada al mercado, porque la primera la compró la casa de D. Pedro García Navarro de Espinardo al precio de 15 pesetas la arroba y este puede justificarse a la hora que se quiera y a poco que el Sr. Leyva lo desee.

«Ha ajustado unas cuarenta arrobas a 22 pesetas. El año pasado se pagó a 22 reales la misma clase. No cabe mayor demostración de la conveniencia de que se prohíba la mezcla.»

En efecto; si las cosas se presentan como a cada uno le convienen, son siempre la mayor demostración (no la mejor) de lo que nos dé la gana; pero... vamos al tercer tropiezo de Leyva y de los enemigos de la mezcla, que le han informado.

El año pasado no se pagó a 22 reales la misma clase. Rompió el pimiento a precios muy superiores, a 37, a 39 y a 54 reales la arroba y bajó a 24 reales al prohibirse la mezcla, cuando el comercio comenzó a rechazar el pimiento molido de Murcia. Conste, pues, Sr. Leyva, para probarlo en cuanto sea necesario, que este año ha roto el pimiento a 15 pesetas y el año pasado lo hizo a 10 pesetas y más.

Pero esto no quiere decir nada en contra de la mezcla y si el Sr. Leyva

fuese imparcial, diría el porqué de ese aumento de precio de algunas muestras que nada tiene que ver con la mezcla.

Todo el mundo (menos el Sr. Leyva y sus acompañantes), sabe que se ha perdido casi por entero la cosecha del pimiento, a causa del piojillo y es naturalísimo que siendo la producción menor sean más altos sus precios. Esto lo comprenden hasta los niños de pecho.

De modo... que sigue acertando el enviado extraordinario de «El Imparcial». Sigue el telegrama: «A fin de mes, la cosecha estará en su apogeo.»

Permitanos el Sr. Leyva que le advirtamos que se anticipa un poco: si no le sirve de disgusto conceder unos días más y alargar ese apogeo hasta mediados del mes que viene, será la afirmación exacta.

«Y el precio de la clase superior llegará seguramente a 25 pesetas.» Como que lo dice el Sr. Leyva, convertido en profeta. Nada, y que no admite duda; seguramente. Esto se llama profetizar a conciencia, mejor que lo hacían los oráculos, cuyas respuestas ambiguas, sumían a cualquiera en un mar de confusiones.

En vista de este resultado, sabemos que algunos van a pedirle al Sr. Leyva que profetice seguramente, puesto ya a ello, si el año que viene lloverá mucho y si habrá muchas penderencias por cuestiones de riego.

Acaba el Sr. Leyva, doctoralmente: «La huerta está de enhorabuena.» Si que lo está, aunque sólo sea para darle gusto al corresponsal del periódico de Gasset. Con la cosecha perdida casi por entero; el pimiento murciano rechazado por los consumidores; y el comercio extranjero preparándose a ponerle aceite al pimiento, la felicidad de los huertanos es completa, completísima. Si Pangloss viviese aquí, seguiría pensando que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Gracias a que con corresponsales como Leyva se da ocasión a que un poeta granadino pregone las excelencias del rico producto murciano, en esta forma:

«Vecina, con lo de Murcia no guiso más pimiento, lo van a mezclar con fósforos si no lo remedia Dios.»

—Por mí no tenga cuidado, hasta el nombre me dá horror buen pimiento en el cuerpo, tengo cuando entra Ramón.»

¡Mezclarle con fósforos!... ¡Produciendo horror el nombre del pimiento molido de Murcia! Sí, tiene razón Leyva: «¡La huerta está de enhorabuena!» Y «El Imparcial», lo mismo.

¡Vaya, vaya!

Mucho han pecado los grandes periódicos al tratar del viaje regio, pero nunca es tarde si la dicha es buena y al cabo comprenden los rotativos que se estaban poniendo en ridículo.

El grave Imparcial, el que retiró su embajador de casa de Sagasta, reconoce que estuvo engañando al público, y que este tragaba gato por liebre. Tal vez haga luego lo mismo con el asunto del pimiento.

«Desde el punto de vista del interés periodístico se ha ganado,—dice sería mente el famoso rotativo.—Por deseo de copular a los esfuerzos del rey y al esplendor del viaje, se daba a este unas proporciones que para los lectores ibanse traduciendo en aburrimiento. Los periodistas, a quienes se ha querido tratar como pescadores, no han pecado más que de benevolencia.»

En adelante dichas proporciones serán más justas. Se le dirá al público respecto de viajes tales la que verdaderamente interese. Cada uno de los corresponsales locales se encargará de esa tarea en su respectivo punto y nada de extraordinario perturbará el ritual cortésano, que tiene por preste al general Pacheco y por diáconos a los Sres. Lóriga y Castejón.»

Ya lo ven ustedes. A pasar de que las proporciones dadas al relato del viaje aburrían al público, del que viven los periódicos, se le seguían sirviendo buñuelos. Ya no pecarán los periodistas de benevolos, llamarán al pan, pan y al vino, vino y se callarán lo

tonto, lo ridículo, lo que no nos importa.

¡Bravo! La confesión de periódico tan serio, vale un mundo.

Ya vamos sabiendo lo que había de verdad en las inacabables reseñas periodísticas, verdaderos poemas de entusiasmo. Véase lo que la grave, la incorruta «Correspondencia de España» escribe:

«Notorio es que los distinguidos y discretos cronistas del regio viaje, han demostrado no solo su benevolencia, sino marcada adhesión al éxito del viaje. Su información ha creado simpatías donde había indiferencia o frialdad, y la reciprocidad que su labor alcanza en ciertas regiones motivará, probablemente, que en lo sucesivo no acompañen a la Corte en sus expediciones redactores especiales, quedando a cargo de los corresponsales residentes en las poblaciones que visite reseñar su paso y sus actos como a diario reseñan los sucesos corrientes y vulgares de que tienen noticia.»

¡La gran prensa! ¡Y pensar que todos esos periódicos se dicen órganos del pueblo y hablan de la opinión pública!... Ja, ja, ja.

Ya sabemos que los periodistas han creado simpatías donde había indiferencia o frialdad, y que los grandes periódicos, serios, no vacilan en darnos camelos de cualquier calibre, engañando al público que paga. ¡Oh, la gran prensa!

¡Vaya, Vaya! Y de la rechifa no se escapa ningún periódico de los grandes, ni el republicano Liberal ni el demócrata Herald de Madrid, que también han incurrido en exageraciones, dando todos lugar a que «El País» diga lo que sigue, con muchísima razón:

«¡Loado sea Dios! Por fin, gracias a la inextinguible bondad del Hacedor Supremo los periodistas trashumantes que seguían en su expedición a Alfonso XIII, dejaron de hacer el ridículo papel de masee Langostino reservado hasta el actual verano a los tenores cómicos.»

Los cronistas del viaje real, personas dignísimas todos ellos, han emulado al pacientísimo Job y se han excedido en sus contemplaciones. Ya que hicieron el viaje contra viento y marea debieron hacerle solo por su cuenta y a conveniente distancia de los cortesanos. Aún hay clases y los periodistas eran los primeros interesados en hacerse saber a los acompañantes del rey.

No lo hicieron oportunamente, y, claro es, les han tratado como alcaldes constitucionales que según resulta del viaje es de la peor manera que pueden tratarle a uno. Y todo para concluir por donde debieron comenzar, por retirarse a sus cuarteles de invierno con armas y bagajes, después de bien demostrada la masedumbre.»

¡QUÉ... ALCALDE!

Telegrafian a Madrid desde San Sebastián que un periódico local publicó un artículo denunciando que la pasarela del puente próximo a la estación del ferrocarril del Norte, amenazaba ruina.

En vista de esto, y para comprobar la exactitud de la noticia, marcharon a dicho puente el alcalde Sr. Machimbarrena, el ingeniero municipal señor Gaytán de Ayala y el arquitecto del Municipio Sr. Qarasola, reconociendo el puente con suma detención.

Después pusieron sobre él a los serenos, bomberos, barrereros, municipales francos de servicio, peones caminos, pocerros y demás trabajadores dependientes del Municipio.

En total, unas 700 personas próximamente, y se comenzó a probar la carga, el alcalde y los técnicos ordenaron a los obreros que saltasen y finalmente que corriesen.

Se vió que el puente oscilaba, pero no por defectos de construcción ni por las inclemencias del tiempo, sino a causa de la elevación de aquel, y se comprobó de pasada que la cimentación estaba en perfecto estado.

Enorme multitud contempló las pruebas de resistencia, riendo al ver a los obreros hacer esfuerzos para ver si el puente se hundía.

¿No es verdad que hay señores con menos sentido común que los que ordenaron esas pruebas?

DISGUSTO EN EL CONCEJO

Escena primera de una obra que seguramente no escribirá Bautista.

La escena en un salón del piso principal del Consistorio.

Personajes: El Alcalde y Alcalde accidental, dependientes y bedeles de la casa, que asoman la jeta por las puertas, queriendo atisbar lo que ocurre en el salón.

Alcalde.—¡Me han pringado ustedes! ¿A quién diablo se le ocurre hacer esos pagos habiendo otros más urgentes?

Alcalde accidental.—¡Yo soy responsable de mis actos!

Alcalde.—Usted será lo que quiera, pero yo soy aquí la cabeza y el pié (tosiá ligeramente). Y si usted tiene sus compromisos, yo tengo los míos (tose con fuerza para darse importancia). Si, señor. Antes de hacer esos pagos se debió contar conmigo; para eso soy Alcalde (el personaje busca en el bolsillo la R. O.) ¡Me chinchó usted!

Alcalde accidental.—Yo he hecho eso por que lo creí justo. Repito que soy responsable de mis actos.

Alcalde.—Usted no responde de nadie (guitando). Yo soy el Alcalde y tengo compromisos más graves, deudas más añejas. (Toses muy fuertes y varias interjecciones). Los bedeles y dependientes al paño.—Esto se tizna; entrémosle un vaso de agua que refresca. Los bedeles disputan. Confusión. Voces. Los dependientes y curiosos se arremolinan en torno del salón. El Alcalde accidental sale echando chispas... y otras cosas, y se dirige a la secretaría.

Alcalde.—¿Y mi bastón? ¿Dónde están mis borlas, digo, mi bastón?

Toca el timbre y entran los bedeles.—Mis borlas se han perdido. Búsquenlas ustedes pronto o los dejo contentos.—Pronto, mi bastón.—(Entra un personaje desconocido y se dirige al Alcalde).—Sr. Alcalde, por Dios, ¿qué va usted a hacer?

Alcalde.—(Limpiándose el sudor y con entonación trágica). Apoyarme en él; que cojeo de esta pierna, (Se señala una,

Alcalde accidental.—(al Secretario).—Presento a V. mi dimisión.

Secretario.—Don...

Alcalde accidental.—Mi dimisión, he presentado, y exijo un recibo de ella.

Secretario.—Pero...

Alcalde accidental.—¡Pero! Camuecas, son las que hay aquí; empezando...

—¡Venga el recibo!

El Secretario entrega el recibo, y el Alcalde accidental sale echando pestes del Alcalde y de los pagos.

El Alcalde sale para un pueblo inmediato, de veraneo...; pero dándose a los diablos de que haya alcaldes accidentales que, por hacer pagos, dejan al descubierto la Caja del Concejo... Comentarios, ninguno.

Dice 'El Cantábrico'...

«De Cartagena, Valencia y Murcia nos vienen aires puros de regeneración. «El Imparcial» los cita y comenta para ejemplo de las demás capitales. Van a inaugurarse en dichas poblaciones los tres primeros grupos escolares de España. ¡Y qué edificios! Cuanto exige la educación moderna se encuentra en ellos. Como alta novedad, en los jardines, un comedor para niños pobres, y el material costeado por donación popular, llevando cada objeto una chapa con el nombre del donante. Así aprenderán los niños a considerar la enseñanza como una necesidad social, que todos deben atender. Los maestros que han de regir estos grupos escolares, hace meses que viajan por el extranjero, costeados por los respectivos Ayuntamientos. Es el único camino de hacer algo bueno y práctico.»

El único. Conformes. Pero le rogamos al colega que rectifique lo que se refiere a Murcia, porque aunque «El Imparcial» lo diga, no es cierto. Será una de tantas filfas de este periódico.

Por desgracia, aquí ni se inauguran esos grupos escolares ni se inaugurarán en muchos años. ¡Ah! ¡Si se tratase de construir otra gran plaza de toros!

